



El Sueño del Pequeño Pastor Elías

Mia Peralta



Elías, un pastorcito con el corazón lleno de bondad, cuidaba a sus queridas ovejas en un valle verde y florecido. El sol comenzaba a despedirse, pintando el cielo de tonos anaranjados y rosados con nubes esponjosas. Las ovejitas pastaban tranquilamente, disfrutando de la última luz de la tarde con expresiones de contentamiento.



Con la noche acercándose, Elías empezó a contar a su rebaño para asegurarse de que todas estuvieran seguras y a salvo. Sus ojos atentos recorrieron el grupo de lana blanca, pero de pronto, notó que faltaba una: su corderito más pequeño y juguetón. Una pequeña arruga de preocupación apareció en su frente.



Una punzada de preocupación apareció en su rostro mientras buscaba entre los arbustos de bayas y llamaba suavemente: "¡Corderito, corderito!". La sombra de los árboles se alargaba como dedos gigantes, y el viento fresco susurraba entre las hojas con un sonido inquietante. Elías sabía que debía encontrarlo antes de que la oscuridad cubriera todo el valle.



Con valentía en su pequeño corazón, Elías se adentró en un pequeño bosquecillo, donde los árboles eran más altos y la luz se filtraba con dificultad, creando un juego de sombras místicas. Los sonidos del bosque eran suaves y misteriosos, pero Elías confiaba en que su Padre Celestial lo guiaba. Sus pasos eran lentos y cuidadosos, sus ojos escudriñando cada rincón.



De repente, cerca de un arroyo que canturreaba suavemente sus melodías de agua, Elías vio una pequeña bola de lana blanca. Allí estaba el corderito, acurrucado y seguro, bebiendo agua fresca de la corriente cristalina. No estaba asustado, solo se había alejado un poco más de lo permitido, explorando su curiosidad.



Una sonrisa de alivio y pura alegría iluminó el rostro de Elías, haciéndolo brillar más que las estrellas que empezaban a aparecer. Con ternura, se agachó y levantó al corderito en sus brazos, sintiendo su calor y su suave lana contra su mejilla. El corderito baló contento, agradecido de volver con su pastor protector.



Con el corderito a salvo en sus brazos, Elías emprendió el camino de regreso bajo un manto de estrellas brillantes que parecían diamantes esparcidos en terciopelo negro. Cada estrella parecía un pequeño ojo que los vigilaba con cariño desde el cielo infinito. La luna llena, grande y brillante, iluminaba su sendero, haciéndolo sentir seguro y acompañado en su viaje.



Al llegar al redil, Elías depositó al corderito con el resto de su familia lanuda, que lo recibió con suaves balidos. Todas las ovejas se acurrucaron, formando una cálida y segura manta de lana bajo la tenue luz de la luna. Elías se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada, protegiéndolas de cualquier peligro nocturno.



Sentado junto a una pequeña hoguera que crepitaba suavemente, lanzando chispas danzarinas al aire, Elías observó a sus ovejas dormir plácidamente. Pensó en cómo Dios cuida de cada uno de nosotros con amor incondicional, así como él cuidaba de su rebaño con dedicación. Una profunda paz y gratitud llenaron su pequeño corazón.



Antes de acostarse bajo el cielo estrellado, Elías elevó una sencilla oración de agradecimiento por el día y la seguridad de sus ovejas. Se acurrucó, sintiendo la brisa fresca y el calor de la tierra bajo su manta. Con la certeza de que estaba bajo el cuidado de Dios, el pequeño pastor Elías cerró los ojos y se durmió, soñando con verdes prados y cielos infinitos.